

de los más raros ejemplares de las especies
 raras, con que Dios suizo de tiempo en
 tiempo, agracia a algunas de sus criaturas.
 Los periódicos de estos días tienen las si-
 guientes noticias de ciertos convenios
 copiar, para completar este trabajo. El no-
 número que próximamente se levantará al
 Ilustre Mexicano, en el palacio Vaticano
 no de Roma, consistirá en una lista de mis-
 mol, con la siguiente inscripción:

"Joseph Mexicano de Holona, el polizo-
 la más grande del mundo, vivió aquí y aquí
 terminó sus días el 15 de Mayo de 1819.
 O. P. Q. R. para perpetua memoria. Eriti-
 do en 1824."



RECUERDO DE NÁPOLES Y POMPEYA.



Las para nosotros un noble motivo de
placer el llegar á la ciudad por la parte del
mar, pues si bien todos los viajeros pueden
embarracarse en embarcaciones de ordinario para
contemplar desde la bahía el hermoso es-
pectáculo que la ciudad ofrece á sus miras,
das las impresiones que entonces reciben,
vienen ya debilitadas por todas las fatigas
res; mientras que para el que describe por
primera vez la ciudad. I. Napoléon desde la
cubierta de un navío, que se ha separado de



ONSAGRADAS estas breves líneas
á avivar uno de los más agrada-
bles recuerdos de nuestra vida, no
intentamos describir en ellas toda las belle-
zas que encierra la antigua *Parthenope*, ni
dar á nuestros lectores noticias estadísticas
que á mano encontrarán en cualquier dic-
cionario geográfico ó guía del viajero; y
menos todavía, detenernos en consideracio-
nes políticas acerca del estado actual del
nuevo Reino de Italia; que á tanto no llegan
ni nuestros alientos ni nuestras pretensio-
nes. Queremos solamente hacer participar
á nuestros lectores de las impresiones gra-
tísimas que experimentamos al desembar-

car en Nápoles el 7 de Mayo de 1888, consignando aquí nuestros recuerdos personales.

Fué para nosotros un doble motivo de placer el llegar á la ciudad por la parte del mar, pues si bien todos los viajeros pueden embarcarse y se embarcan de ordinario, para contemplar desde la bahía el hermoso espectáculo que la ciudad ofrece á sus miradas, las impresiones que entonces reciben, vienen ya debilitadas por todas las anteriores; mientras que para el que descubre por primera vez la ciudad de Nápoles, desde la cubierta de un navío, que le ha servido de morada durante los días tediosos de la navegación, todo es sorprendente, todo es admirable. Al placer que causa siempre el saltar á tierra, sobre todo si la navegación ha sido larga y penosa, se une el de admirar uno de los más hermosos espectáculos que es dado contemplar. Es opinión común de los viajeros, que la bahía de Nápoles, sólo puede compararse en hermosura á la bahía de Constantinopla.

Habiendo tenido á la vista todo el día seis las costas de Cerdeña, en las cuales descubríamos una cordillera de montañas más ó menos elevadas, pero desnudas de vegetación, el día siete pasamos cerca de la poética *Ischia* y más tarde llegamos á percibir la

célebre *Capri*, presentándose poco después á nuestra vista la majestuosa mole del *Vesubio*.

Es esta como todos saben, una montaña de forma cónica, desnuda de vegetación, de color sombrío, que se eleva á una altura de 1,200 á 1,300 metros sobre el nivel del mar. Cuando la contemplamos por primera vez, al llegar á Nápoles en una hermosa tarde de Mayo, sirviendo de límite por el S. E. al arco que la ciudad describe, un tenue penacho de humo salía de su cráter, semejando á la ligera nubecilla que se escapa de un inmenso vaso funerario. En la noche la vimos arrojar algunas llamaradas cárdenas y azuladas.

No es fácil describir la impresión que causa en el ánimo la contemplación de aquel magnífico panorama. La ciudad, que se extiende en forma de anfiteatro tendida en la falda de hermosas y verdes colinas, en un espacio de veinticuatro kilómetros, comprendiendo los pueblos que la rodean y que casi han llegado á confundirse con ella, desde *Pozziliipo* hasta *Castellamare*, presentase á la vista asombrada del viajero, como uno de esos cuadros encantadores que difícilmente se borran de la memoria. Jardines, preciosas arboledas, colinas cubiertas de verdura, á cuyos pies se miran agrupadas formando una extensa línea y en vasta gra-

dería, casas de campo, palacios y templos magníficos, sirviendo de remate á este cuadro las alturas que circundan el mar, entre las cuales se distingue, por un lado, la colina en que está asentado el castillo de San Telmo, cerca de la Cartuja de San Martín, y por otro la que ocupa el sitio real de Capo di Monti; y al pie, las aguas siempre tranquilas de aquella bahía, más azules que las demás azuladas aguas del Mediterráneo. Siéntese placer tan vivo y tan intenso que desearía uno prolongarlo indefinidamente, sin tener que ocuparse de los preparativos del desembarco; y apenas si puede el viajero defenderse del verdadero asalto que los bateleros y *fachinos* dan al buque, trepando con admirable agilidad la escala, agrupándose sobre cubierta y metiéndose en los camarotes, á pesar de las prohibiciones del capitán, para apoderarse á viva fuerza del inexperto viajero, de sus baúles y maletas, hasta llevarlo casi en peso á su barca, ufanándose de ello cada uno de aquellos solícitos y nada desinteresados servidores cuando lo ha logrado; y todo esto en medio de atronadora vocería, de gritos y de juramentos, de risas y puñetazos.

Una escena semejante á la que acabamos de describir puso término á nuestro arrobamiento, cuando sin sentirlo y sin tiempo

para protestar, nos vimos trasladados á una ligera barca, surcando la bahía, y después de enojosas discusiones con los empleados de la aduana, nos entregamos, juntamente con nuestro equipaje, á la discreta solicitud de un calesero que nos llevó por su propia voluntad, porque no tuvimos tiempo de indicarle nuestras intenciones, ¿á donde? A uno de los más hermosos barrios de Nápoles, al *Hotel Royal des étrangers*, situado á las orillas del mar, en el barrio de *Santa Lucia*. Debemos advertir á nuestros lectores, que siendo Nápoles la primera ciudad europea que visitábamos, pues en Gibraltar sólo estuvimos unas cuantas horas, todo nos sorprendía, y carecíamos, además, de la pericia que distingue á los *turistas* y que sólo se adquiere después de viajes repetidos.

Las indicaciones de nuestro *Manual*, se borraron como por encanto de nuestra memoria el placer tan vivo que nos había causado la contemplación serena y tranquila de la ciudad desde la cubierta del buque, se trocó en una sensación de estupor y aturdimiento, al vernos arrastrados, contra nuestra voluntad, por aquel inmenso torbellino que formaban todos los pasajeros que acababan de desembarcar, considerablemente aumentado, con las voces de los empleados de la aduana, los gritos de los bateleros y cocheros, y de

la multitud de curiosos que estorbaban nuestro paso y aturdían nuestros oídos. Confesamos ingenuamente que estos primeros momentos de nuestra llegada á Nápoles fueron harto desagradables para nosotros, que á cada paso temíamos ver desaparecer de entre tantas manos nuestro exiguo equipaje, encontrándonos, además, separados de nuestros compañeros.

El hotel donde la casualidad nos llevó á hospedarnos, si no puede compararse por su extensión con los grandes hoteles de Nueva York y algunos de París, es notable por su elegancia y su belleza arquitectónica. La entrada principal forma una hermosa fachada, que mira hacia el mar, teniendo delante la amplia vía de Santa Lucía, de que hablaremos después, á un lado el *Arsenal* y al otro el malecón de *Chiatamone*, que va á unirse á la *Villa Nazionale* que es uno de los más hermosos paseos públicos de Europa. El cuerpo del edificio se compone de tres pisos, con amplias y cómodas habitaciones y otros tantos corredores ó pasillos, que circundan lo que debía ser patio del hotel, y es un hermoso salón comedor, de estilo morisco, semejante á un teatro, al cual sirven como de palcos, los mismos pasillos que conducen á las habitaciones y que son ocupados á la hora de comer, por músicos y cantantes, que

deleitan los oídos de los viajeros mientras dura la comida. Satisfechos y contentos del albergue que habíamos encontrado, y destinados nuestros primeros momentos al aseo de nuestra persona para asistir á la mesa, á donde éramos llamados por el estrepitoso sonido de una campana chinesca al estilo de los Estados Unidos, salimos, después de comer, á recorrer las calles más cercanas. Un *cicerone* que nos declaró presa suya, desde que bajamos del carruaje en la puerta del hotel, y del cual no pudimos deshacernos sino hasta el siguiente día, y eso con no poca dificultad, se encargó de guiarnos por aquel camino, en verdad nada difícil de seguir, y de indicarnos lo más notable que encontrásemos á nuestro paso.

La playa de Santa Lucía comparte con la *Riviera di Chiaja* el privilegio de dar albergue á los numerosos extranjeros que visitan la ciudad de Nápoles, principalmente en la estación del invierno. Multitud de hoteles que rivalizan entre sí en elegancia y comodidad, pueblan uno y otro lugar; pero con esta diferencia: la *Riviera di Chiaja* que se encuentra á la extremidad Occidental de la ciudad, y que es sobre manera agradable por las hermosas perspectivas que desde ella se disfrutan, teniendo al frente la *Villa Nazionale*, es preferida por la gente rica

especialmente por los ingleses, que tienen la intención de residir toda la temporada en Nápoles, mientras que Santa Lucía, por estar más cerca del centro y ser los hoteles de menos lujo, es el lugar donde por lo común se hospedan los comerciantes y demás hombres de negocios.

Salimos, pues, aquella primera noche, á dar un vistazo á la ciudad, y tomando, como era natural, la dirección que más rectamente debía conducirnos al centro, tuvimos ocasión de admirar el espacioso y hermoso malecón de Santa Lucía, calle en otro tiempo muy sucia, habitada por pescadores, pero convertida desde el año 1846 en un espacioso muelle, en cuyo parapeto, del lado de la playa, ostentan los vendedores napolitanos sus variadas y curiosas mercancías: así las ostras, cangrejos, langostas y demás comestibles que ellos llaman con harta propiedad *frutti di mare*, como los objetos más curiosos y artísticamente trabajados de concha, carey, coral, y algunos también de paja, que pueden competir con los de la misma clase que se fabrican en Florencia. Entre ellos se encuentran también no pocos *aguajoli*, ó vendedores de aguas frescas. Un paseo por aquel lugar, es uno de los entretenimientos más agradables para el viajero. Llegando á una fuente formada por

una elegante portada, debajo de la cual se halla colocada sobre un plinto de mármol una estatua de Neptuno, hay que tomar á mano izquierda la *Strada del Gigante*, que debe probablemente su nombre á dicha estatua, y que conduce en línea recta á la plaza del Plobiscito, en otro tiempo *Largo del Palazzo* (1). La vista es sorprendente, sobre todo para el que, como nosotros, visita por primera vez una ciudad europea. La plaza de que hablamos, si no iguala en magnificencia á otras plazas célebres de Europa, como la de la Concordia de París, no carece de belleza. El pórtico circular que forma uno de sus lados, y en el centro de el cual se levanta la iglesia de San Francisco de Paula, de construcción moderna, las dos estatuas ecuestres que la adornan, una de Carlos III, de Cánova, y la otra de Fernando I, así como la preciosa fuente que ocupa el centro, concluída en 1883, le dan un aspecto de majestad y elegancia que sorprende al que por primera vez la visita, principalmente en la noche, alumbrada por los hermosos focos de la luz eléctrica. El otro lado de la plaza está formado por el Palacio Real, magnífico edificio de grandes proporciones, y en el ángulo septentrional tiene

(1) La palabra *largo*, se traduce plaza.

principio la famosa calle de Toledo, hoy de Roma, en cuya primera esquina se encuentra el célebre café de Europa, de que nos habla Alarcón en sus viajes, punto de reunión de todos los viajeros ilustres, y tan afamado por las discusiones políticas que en él suelen entablarse, como por los renombrados helados y sorbetes de reputación universal.

Recorrimos á la ligera toda la plaza, entramos á un café cantante, donde escuchamos por primera vez una de esas preciosas bacarolas, cantadas por los marineros; dando un rápido paseo por la calle de Toledo y de San Carlos, entrevimos los jardines del Palacio Real á través de las magníficas rejas de hierro dorado que lo circundan, y nos volvimos á la media noche á nuestro albergue, á descansar de las fatigas de un día tan lleno de emociones. —La ciudad ofrecía todavía á aquella hora escenas llenas de animación y de vida: músicas y cantos por todas partes, los tranvías en continuo movimiento y todo el estrépito y el bullicio de una populosa ciudad meridional, donde los ardores del día son compensados con las frescas y suaves brisas de la noche. Un aire tibio y embalsamado soplabá de la parte del norte, veíanse á intervalos brillar como relámpagos las llamas del Vesubio, y se

oía el suave rumor de las ondas que se mecían á nuestros pies, divisándose en la bahía las movibles luces de los buques anclados en la bahía, y otras más pequeñas ó más lejanas que parecían perderse allá á lo lejos en la profundidad del horizonte, acusando la presencia de alguna nave pescadora. Todo era poesía y encanto para nuestros sentidos embriagados. Al llegar á nuestro hotel recordamos los siguientes versos de un poeta español, que sin quererlo se venían á nuestra memoria.

Las parras de uvas cargadas
chispean; sonríe el cielo;
rosas alfombran el suelo
sobre las piedras doradas;
todo respira vigor;
todo reboza alegría:
es un lujo, es una orgía
de aire, de luz y color.

Las damas al despertar,
tienen jardines por mantos,
y suenan danzas y cantos
en la tierra y en el mar.
Vierte zumo embriagador
el relucido sarmiento
¡qué orgía, qué movimiento
de aire, de luz y color!

Allá una barca velera
se va acercando á la playa

como paloma que ensaya,
su vuelo por vez primera;
aquí un talle encantador
á los ojos desafía;
todo en torno es una orgía
de aire, de luz y color.

El pueblo dicha completa
gozando, sin ambiciones
entona alegres canciones
al són de la pandereta.
De noche rojo fulgor
al cielo el volcán envía,
no cesa jamás la orgía
de aire, de luz y color.

El despertar de un nuevo día en una ciudad desconocida, proporciona siempre agradables medios de satisfacer la curiosidad. Por más que una mujer célebre, Madame Stael, haya dicho en un momento de mal humor, que los viajes no son otra cosa sino una agitación sin dignidad, lo cierto es que la variedad y novedad de los objetos que se presentan á la vista, el ahinco de ver con nuestros propios ojos lo que tal vez durante muchos años ha dado alimento á nuestra imaginación, el anhelo de disfrutar de los placeres que otros han disfrutado antes que nosotros, describiéndolos con más ó menos viveza en la relación de sus viajes, y aún el amor propio satisfecho de haber ensancha-

do la esfera de nuestros conocimientos, recorriendo nuevas comarcas, respirando nuevo ambiente y contemplando las bellezas naturales ó artísticas que otros climas y otras ciudades pueden ofrecernos, son otros tantos motivos de placer y satisfacción para el viajero.

Todo ello contribuyó á hacer para nosotros sobre manera agradables las primeras horas del día que siguió al de nuestra llegada á Nápoles. El alboroto natural en tales casos nos hizo despertar muy de mañana, y abriendo las ventanas de nuestro cuarto volvimos á contemplar de nuevo, llenos de entusiasmo, aquella hermosa bahía, poblada de numerosos buques, surcada por multitud de naves pescadoras, alumbrada por un sol radiante y embellecida por los grupos de islas encantadoras, que cubiertas de verdura, semejan otras tantas canastillas de flores, colocadas sobre una superficie azulada, tersa y brillante como un espejo.

La brevedad de nuestro viaje no nos permitía perder el tiempo. Acompañados de nuestro *cicerone*, á quien conservamos durante todo el día, salimos apresuradamente del hotel, para visitar los monumentos más notables de la ciudad.

Nápoles, que desde el punto de vista artístico es inferior á Florencia y á otras ciuda-

des de la Península, es, no obstante, en cuanto á su población, la primera entre las ciudades italianas. Como todas las grandes capitales de Europa, ofrece á la consideración del estadista este doble fenómeno: un aumento siempre creciente en el número de sus habitantes, y un mejoramiento notable en las condiciones higiénicas y en el embellecimiento de la ciudad. Lo primero puede ser un mal, porque demuestra el abandono lento, pero sensible de las ocupaciones agrícolas y de las costumbres sencillas de la vida del campo; lo segundo, es una prueba palpable de los progresos de la civilización.

Nápoles, como todas las capitales europeas, ha aumentado considerablemente su población durante este siglo. En 1630, su censo era de 350,000 habitantes; 15 años después contaba 400,000; y en la actualidad llega á medio millón.

Barrios como el de Santa Lucía, que antes eran citados por los viajeros como un foco de suciedad y de inmundicia, son hoy hermosas y amplias avenidas donde se han levantado magníficos hoteles y bellos edificios. *La Villa Nazionale*, el más hermoso y aristocrático paseo de la ciudad, aunque data de 1880, ha recibido en años posteriores considerable aumento. Situado antes á la orilla del mar, hoy se halla separado de

él por un amplio malecón. Hánse derribado manzanas enteras de casas para alinear las calles y construir nuevos edificios; el corso *Vittorio Emmanuele*, que es una basta avenida de cuatro kilómetros de longitud, que partiendo de la ribera de *Chiaja* se eleva por la colina y rodea la base del castillo de San Telmo hasta descender en la calle de *Salvator Rosa* [antiguamente de la *Infrascata*] será, cuando esté concluído, uno de los más famosos paseos de Europa. Por las magníficas perspectivas que presenta, y su situación en una altura, dominando el mar, si no por la magnificencia de sus edificios, será superior á los celebrados *boulevards* de París.

A esto hay que agregar las grandiosas obras llevadas á cabo en *Capo di Monti* para abastecer de agua á la ciudad, y una galería que según hemos sabido, se ha construído últimamente, comparable por su grandeza y magnificencia, á la famosa galería (pasaje) *Vittorio Emmanuele*, en Milán, incomparablemente más hermosa que las de la capital de Francia, y sólo inferior, según se dice, á una semejante que hay en Viena.

Todo esto revela un lujo y un afán de mejoramiento material que constituye una emulación, una especie de rivalidad entre las ciudades europeas. Cada Municipio se

afana en mejorar las condiciones higiénicas de las ciudades que administra, en adornar y embellecer sus paseos, en ensanchar las vías de comunicación, en enriquecer sus mercados y en dotar de nuevos y más amplios edificios, los establecimientos de beneficencia pública que tiene á su cuidado. Son verdaderamente fabulosas las sumas de dinero que para atender á estos diversos objetos salen todos los años de las arcas municipales.

Entretenidos en estas reflexiones nos dirigimos á visitar los edificios más notables así civiles como religiosos, de la ciudad de Nápoles. Subiendo por la antigua calle de Toledo, y notable por la riqueza y variedad de los establecimientos de comercio que en ella se encuentran y el incesante movimiento que en ella se advierte, aunque poco merecedora de su fama, por su estrechez y escasa amplitud, tomando desde la plaza del Dante la calle de los Tribunales, llegamos á la del *Duomo* donde está situada la catedral.

La circunstancia casual de celebrarse en aquel día una de las tres fiestas que se verifican en el año con motivo de la liquefacción de la sangre de San Genaro, patrono de la Catedral y de la Ciudad de Nápoles,

no nos permitió, por el gran concurso de gente que en ella había, visitar esta iglesia, con la comodidad y sosiego que hubiéramos deseado. En los momentos en que llegábamos á sus puertas atravesaba la ancha nave del centro para dirigirse á la capilla del Santo, comunmente llamada del *Tesoro*, el Sr. Arzobispo y Cardenal Monseñor San Felice, con todo su séquito oficial. Era este personaje el primer Príncipe de la Iglesia Romana que se presentaba á nuestra vista, con sus rojas vestiduras y las insignias de su alta dignidad.

Dirigiéndose toda la gente á la Capilla en la cual no pudimos penetrar, tuvimos ya ocasión de recorrer la Iglesia. Es este un edificio levantado por Carlos de Anjou sobre el lugar que ocupaba en la antigüedad un templo consagrado á Neptuno. Aunque destruído y restaurado en tiempos posteriores, conserva su estilo primitivo, que es gótico francés, con altas torres y bóvedas en ojiva. Tiene tres naves, la del centro con techos adornados de antiguas pinturas, y las de los lados, de bóvedas ojivales. Llamónos particularmente la atención, la disposición común á todas las Iglesias de Italia, las cuales delante del altar mayor tienen una especie de capilla destinada á contener las reliquias del santo patrono, á la